

Ediciones *Le Monde diplomatique* “el Dipló”

Capital intelectual

**Serie La media distancia**

SERIE  **LAMEDIA**DISTANCIA

## ¿Qué quiere la clase media?

Hernán Vanoli

Pablo Semán

Javier Trímboli

### **Prólogo**

Hinde Pomeraniec

LE MONDE  
diplomatique

**ci** Capital intelectual

© de la presente edición, Capital Intelectual S. A., 2016

**Capital Intelectual S. A.** edita, también, el periódico mensual  
*Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur  
Director: José Natanson

Coordinadores de la **Colección Le Monde diplomatique**:  
Carlos Alfieri y Creusa Muñoz  
Director de la **Serie La media distancia**: Martín Rodríguez  
Diseño de tapa: Cristina Melo  
Diagramación de interior: Carlos Torres  
Corrección: Alfredo Cortés

Paraguay 1535 (C1061ABC), Ciudad de Buenos Aires, Argentina  
Teléfono: (54-11) 4872-1300  
www.editorialcapin.com.ar

Suscripciones: secretaria@eldiplo.org  
Pedidos en Argentina: pedidos@capin.com.ar  
Pedidos desde el exterior: exterior@capin.com.ar

Edición: 2.500 ejemplares  
ISBN 978-987-614-530-5

Hecho el depósito que ordena la Ley 11.723  
Libro de edición argentina. Impreso en Argentina  
Printed in Argentina.

Todos los derechos reservados.  
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier  
medio o procedimiento sin el permiso escrito de la editorial.

¿Qué quiere la clase media? / Hernán Vanoli ... [et al.].  
1a ed., Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Capital intelectual, 2016.  
120 p.; 22 x 15 cm  
(La media distancia; 2)  
ISBN 978-987-614-530-5  
1. Política. 2. Sociedad. I. Vanoli, Hernán  
CDD 305.55

# Índice

---

---

## **Presentación:**

### **La indomable**

José Natanson y Martín Rodríguez 9

---

## **Prólogo:**

### **¿Seguirá existiendo la clase media?**

Hinde Pomeraniec 17

---

## **La clase media ha muerto, que viva la clase media Cine y representaciones del antagonismo en la Argentina kirchnerista**

Hernán Vanoli 25

---

## **Las clases medias y la imposibilidad de parar de sufrir**

Pablo Semán 65

---

## **Casi reina**

Javier Trímboli 89

## Presentación

---

José Natanson y Martín Rodríguez

### La indomable

*“¿Ustedes saben qué quieren?”*

Charly García al público, diciembre de 1983, Luna Park

En Argentina se tejen una gran cantidad de mitos y eslóganes a modo de verdades inmutables que pretenden definir un carácter esencial. Son frases, muletillas o lugares comunes, muchos de ellos contradictorios entre sí, que refieren a nuestro origen como nación, a las supuestas raíces “étnicas” del pueblo argentino o a un rasgo de clase definitivo. Algunos se remontan al “mito originario” y otros expresan miedos latentes o inmediatos que nos merodean. Postulan por ejemplo que “Argentina es un país blanco” o “un crisol de razas”, una Argentina más “hija de los barcos” que de la población nativa. Y hay otro, que muchas veces se enuncia por la negativa, es decir, se dice anunciando su ocaso, pero que en el fondo derrocha optimismo. Dice: “Argentina es un país de clase media”.

Una investigación de la consultora W y TrialPanel publicada en el diario *La Nación* (1) confirma que, aunque medida por in-

---

1 Diario *La Nación*, 26-4-2015.

gresos pertenecen a la clase media el 50 por ciento de los argentinos, la autopercepción es diferente: el 80 por ciento se autodefine de clase media. Casi podríamos decir: clase media somos todos.

Pese a ello, era común escuchar que “Menem destruyó a la clase media” o que “La crisis del 2001 mató a la clase media”. De hecho, el gobierno posapocalíptico de Eduardo Duhalde pareció transitar sobre el desierto de esa clase que había creído demasiado en las promesas de la modernidad y que, una vez que estalló la crisis, redujo sus esperanzas a la figura de un sujeto final y quebrado (“el ahorrista”) que sólo balbuceaba en la puerta hermética de algún banco que le devuelvan “sus dólares”. Porque, como aseguró Duhalde al asumir en enero de 2002 en la que sería la frase más fallida de su larga historia política, “El que depositó dólares recibirá dólares”. Duhalde, sospechado de narcotraficante, puntero bonaerense, con sus manzaneras y sus malditas policías, resultó el único garante final tras la crisis, tal vez a costa de reunir en esos estigmas sus “méritos”: los de ser un político sin futuro.

¿Por qué esa clase media era la peor pesadilla de todos los políticos en los tiempos de la crisis, peor incluso que los saqueos o los reclamos de las organizaciones de desocupados, incluso que el sindicalismo peronista sobreviviente tras el derrumbe neoliberal? Porque la inercia de la democracia y la economía de mercado a las que con sus más y sus menos adherimos desde 1983 dibuja en su horizonte ese sujeto ideal: el ciudadano de clase media. Si el socialismo nos proletariza o el neoliberalismo nos lumpeniza, la democracia nos hace de clase media.

Contenida con la evangelización laica de Alfonsín hasta que el Plan Austral comenzó a emitir billetes como para empapelar las torres de Caballito, seducida por el uno a uno de Menem que paró la sangría inflacionaria y puso la economía (desindustrializada) en marcha hasta el Tequila y la consecuente recesión, liberada por la promesa de transparencia de De la Rúa-Álvarez hasta que el vicepresidente renunció denunciando coimas y la

economía tocó fondo como nunca, caída en los brazos de Duhalde hasta que su promesa de orden se manchó de sangre, la clase media revivió su vértigo de consumo y república social de la mano de Kirchner, hasta que el pase de las tasas chinas a “mover la copa” para que derrame produjo un nuevo quiebre. ¿Y qué encontró en Kirchner la clase media? Un obsesivo de sus pulsos: subsidios al consumo, dólar barato, derechos humanos, turismo. ¿Y hoy? Hoy diríamos que la clase media produce con Macri un salto sacrificial después del ciclo kirchnerista aceptando un clásico argumento del liberalismo argentino: vamos a estar muy mal para en el futuro estar muy bien.

A tres décadas del fin de la dictadura, la narrativa democrática podría vertebrarse así: qué es cada gobierno según *qué quiere* la clase media.

## **Nacimiento –y renacimiento– de la clase media**

En 1983 se fundó el orden democrático con una novedad absoluta: la derrota en las urnas del peronismo. Eso ocurrió, por un lado, porque no entendió que la dictadura había quebrado la propia estructura productiva que le daba sustento objetivo al peronismo (la Argentina industrializada y la homogeneidad de la clase obrera). Y, por otro, como resultado de la eficacia profunda del discurso de Alfonsín, quien tramó un corte de época amortiguando toda realidad en su dialéctica de “democracia versus autoritarismo”.

El peronismo enfrentó en el discurso radical de esos días una interpelación aguda. Había dicho Alfonsín: “No me votan los obreros pero sí sus esposas”. La feminización del voto que percibía el caudillo democrático a su favor distinguía quizás un pasaje en el interior del “pueblo peronista”: del voto de clase al voto ciudadano. Del voto salarial y afectivo (“la víscera más sensible es el bolsillo” decía Perón) al voto del miedo y la esperanza, que

condensaba expectativas incluso anteriores a las de una más justa distribución de la riqueza: las de una más justa distribución de la vida. Alfonsín era todo lo civil. Su triunfo, independientemente de la suerte de su gobierno, ubicó a las clases medias como motor, como color, como impronta, de un voto masivo y mayoritario. Nacía una “mayoría blanca”.

Tras la derrota, el peronismo ofreció dos caras: la del dirigente sindical Saúl Ubaldini (respetado por su coraje resistente a la dictadura) y la de Antonio Cafiero (un veterano justicialista que comprendía el catálogo de innovaciones que implicó la “novedad alfonsinista”). Si Ubaldini era el luchador que quería llevar en su lomo a la clase obrera al paraíso, Cafiero era el político renovador y moderno que se construyó en espejo con el liderazgo radical. Ganó Cafiero esa interna cultural peronista pero luego perdió la interna partidaria con ese todo terreno llamado Carlos Saúl Menem, que en 1989 sintetizó todos los peronismos: el tradicional, el periférico, el popular, el partidario y el modernizador.

En 1989 Argentina enfrentaba la rebelión conjunta de los empresarios, los militares, los sindicatos y la hiperinflación. El solo dominio de la moneda (el uno a uno, esa suerte de “imaginación al poder” que encarnó Domingo Cavallo) terminó consolidando la estabilidad política bajo una forma de estabilidad económica que incubó la peor crisis. Se sabe cómo terminó la historia, pero los 90 son paradójicos porque permitieron tanto la consumación del cambio de matriz económica iniciado en 1976 como la solidificación del sistema democrático, al punto de que la democracia fue capaz de articular la salida de la crisis.

Aquella crisis había ampliado de un modo brutal lo privado que se hacía público, y esto habilitó formas de politización que en Argentina (o, más precisamente, en Buenos Aires) resultaban toda una novedad. De modo que si la democracia nació en 1983 como parte de un montaje republicano, como una escena de multitudes que se abrazaban al Preámbulo de la Constitución



después del naufragio de la dictadura criminal, en 2001 sucedió el segundo capítulo, el del renacimiento, pero con una plaza salvaje... ¡reprimida brutalmente por un gobierno radical! De las boinas blancas, las juventudes partidarias, los obreros formales representados y los organismos de derechos humanos al ahorrista furioso o el motoquero solidario en la 9 de Julio levantando heridos: con sus más y sus menos, con sus “media-baja”, sus precarizados o sus vecinos recoletos, con sus cacerolas de lata o teflón, la indomable clase media nuevamente dominaba la escena. De la emoción del inicio de un gobierno radical a sacarse un gobierno radical de encima: la transición democrática en dos tiempos.

### **La crisis causó dos nuevas identidades: kirchnerismo y macrismo**

Las dos identidades políticas nacidas tras la crisis del 2001, el kirchnerismo y el macrismo, operan como una suerte de actualización doctrinaria de viejas tensiones históricas (república versus populismo). Pero no son sólo productos de época sino de clase, de la misma clase: ambos se originaron en la clase media.

Con sus derechos humanos, su retórica de izquierda social, su desconfianza antipolítica inicial hacia el Partido Justicialista, su glosario alfonsinista, el kirchnerismo asumió una narrativa de clase media. De hecho la biografía de Cristina (universitaria, hija de un colectivero, criada en la periferia de La Plata) puede presentarse como una expresión de la movilidad social ascendente.

Por supuesto que el kirchnerismo no agotó ahí luego de doce años de gobierno el espectro de su representación (el alfonsinismo sí fue una representación más estricta de un sector de la clase media); de hecho su base electoral tiene en los territorios más humildes del Gran Buenos Aires su mayor fortaleza. Pero la raíz militante del kirchnerismo, que es la que organiza su relato, nos

recuerda la trayectoria de la clase media en el peronismo: aquellos que reniegan de su pertenencia a esa clase para integrarse a una experiencia que siempre suponen más real, más pura, la experiencia del *pueblo peronista*. Es el viejo discurso de la izquierda peronista: peronistas de clase media que odian a la clase media, gorilas al revés. Consorcios calientes de Caballito o Palermo: vecinos progresistas contra vecinos reaccionarios que se gritan como panelistas de televisión. No se escucha hablar mal de la clase media en el Barrio Fátima de Villa Soldati.

El impulso inicial del kirchnerismo tuvo su apogeo en la ruptura del 2008, cuando el conflicto con el campo incorporó a la política democrática como nunca antes desde 1983 las tensiones corporativas y los discursos de clase. El 15 de julio de 2008, en el acto organizado en la Plaza de los Dos Congresos como respuesta a la masiva manifestación que unos días antes habían concretado las organizaciones rurales, Kirchner dijo: “Nuestra clase media, que fue instrumentada muchas veces, nunca va a encontrar la solidaridad de la oligarquía argentina. Sí va a encontrar la solidaridad de los trabajadores, de los intelectuales, de los estudiantes, de toda la patria entera. Por eso la clase media argentina se encuentra acá...”

Kirchner creía en la suma de las partes, en una sociedad que se hacía sumando corporaciones (sindicatos, UIA, universidades, prensa, etc.). Por eso, cuando lo que más lo azotaba no era el *lockout* patronal sino el cacerolazo urbano, Kirchner apuntó a Clarín (mientras el Grupo calibraba el fin de esa alianza). Los productores agropecuarios tienen a la Sociedad Rural o la Federación Agraria, los trabajadores organizados a la CGT, los vecinos inseguros a Blumberg, las izquierdas radicalizadas a sus partidos. “¿Y la clase media?”, se preguntaba Kirchner. Reducido el Partido Radical a su existencia corporativa, la intuición de Kirchner fue que Clarín era la Bastilla de esa clase, la fuerza que la organizaba. La lectura sobre la “historia de Clarín” (Papel

Prensa, sus alianzas y enemistades con los sucesivos gobiernos, su lobby, etc.) se iría complementando y extendiendo por sobre una primera preocupación: ¿qué representaba el Grupo Clarín? En las cuentas de Kirchner: a millones de sus votantes. Quienes, al menos, consumían sus productos. Por eso lo que finalmente promovió no fue tanto una tensión de clase al estilo del peronismo histórico (entre ricos y pobres) sino al interior de esa misma clase. El kirchnerismo como lucha de clases (medias).

Dos mandatos después, en su versión desgastada y final, el kirchnerismo propuso un candidato al que veía capaz de garantizar el apoyo de los trabajadores y sumarle la moderación que, salvo en sus días de furia, es una de las marcas de la clase media. Pero la propuesta *catch all* de Daniel Scioli no funcionó pese a la garra que le puso a una campaña imposible y el poder terminó, por voluntad popular, recayendo en un grupo liderado por el heredero de una de las grandes fortunas del país que supo ganarse, como ningún político desde los lejanos tiempos de Alfonsín, el apoyo de las clases medias.

Nacido de la misma crisis que el kirchnerismo, el PRO imitó en su trayectoria *in crescendo* el ideal de progreso social que es la única utopía inmovible de la clase media argentina. Como los inmigrantes, el PRO fue de menos a más, comenzó como un partido distrital formado a partir de retazos de fuerzas tradicionales y a partir de ahí se fue expandiendo en votos y territorios. El PRO comenzó perdiendo con un arquetipo de la clase media (Aníbal Ibarra, abogado, ex PC, casa en Villa Urquiza) y terminó asegurando un sólido consenso entre los vecinos, su virtuoso sujeto de interpelación.

Dotado de una ostensible homogeneidad social, profesional y fonética, el PRO asume su condición de partido de clase media con menos contradicciones y angustias que el kirchnerismo. Se propone como una fuerza integrada por los ganadores de la clase media que dieron el salto en la estructura de ingresos y hoy son

“clase media alta” o directamente ricos, y que se ofrecen como la garantía de que todos pueden llegar. Aunque no sea cierto, aunque bajo las actuales condiciones del capitalismo global un país periférico no puede incluir a todos los ciudadanos en la clase media, aunque la estructura productiva argentina lo prohíba, los líderes del PRO les hablan a todos como si fueran de clase media. Y aunque hasta ahora, justamente, los pasos de su gestión no hicieron más que dañar también la economía de esa clase. *Si te esforzás*, es el subtexto de sus discursos, incluso (o sobre todo) en estos momentos de ajuste y recesión, *podés ser como yo*.

## **La media distancia**

En este nuevo libro de la **serie La media distancia**, editada por *Le Monde diplomatique*, nos proponemos explorar el lugar de la clase media argentina en la política, el sentido común, las representaciones sociales y las tradiciones culturales. La clase media es un concepto en disputa de esta década, tanto o más que otros tópicos como clase obrera, peronismo o izquierda. Ya no es el rechazo a la clase media como en el pasado, sino su disputa. El concepto de clase media fue utilizado, mitificado y mancillado, y resultó en estos años “el hecho maldito del país peronista”. ¿Por qué odiamos a la clase media? ¿La odiamos? Frente a la evidencia de que los argentinos nos sentimos mayoritariamente de clase media, muchos discursos aún son herederos de una tradición oral y literaria (tributaria del gran polemista Arturo Jauretche) que inscribe en la existencia de esa clase un problema cultural argentino. Nuestra propuesta es construir una nueva sensibilidad hacia la clase media.